

unos santos viejos, muy decaídos de todo lo de este mundo, muy aficionados al trabajo y al padecer, de una suma pobreza que le quebraría á V. R. el corazón verlos tan rotos, tan descalzos y tan necesitados de todo, como andan errantes *in mellotis, in pelibus caprinis, quibus dignus non est mundus*. Gloria á Dios que sabe en medio de las soledades y aflicciones darles tanto gozo y consuelo! He hallado, mi padre, el buen atajo para la perfección, que no querría perder la ocasión presente por mi poca virtud. Dígoles, porque estos días pasados hubo noticia de que estos indios del partido de Sinaloa quisieron quitar la vida al padre *Cristóbal de Villalta*, que me ha cabido por mi compañero en seis pueblos que tenemos á nuestro cargo, veintidos leguas de la villa, y todos llenos de gente feroz y belicosa. ¡Ojalá fuera mi Dios servido de que no fuesen solas amenazas, sino que llegásemos á derramar la sangre por Jesucristo! V. R. se lo pida á nuestro Señor, que yo por mis defectos no me atrevo. Vimos, mi padre, en conclusión en el discurso de nuestro viaje las misiones de Topía y Tepchuanés, y aunque había falta de regalos del cuerpo hubo sobra de consuelos del alma. Los indios nos recibieron en los pueblos en procesion con cruces en las manos, cantando la doctrina en su lengua, en la cual les decía despues el padre el fin de nuestra venida. Ellos la oían con muestras de muy grande alegría, y nosotros la teníamos de verlos y oírlos, de manera que no era posible contener las lágrimas que del corazón rebozaban á los ojos. Así llegamos á Sinaloa, donde quedamos buenos, contentos y con deseo de trabajar incansablemente por el bien de estas almas, por amor del Señor y Criador de ellas que guarde á V. R. &c.”

Carta singular del padre Pedro Velasco.

A las dos antecedentes cartas que nos hacen formar una idea general de la vida penosísima, pero llena de gozo espiritual que pasaban nuestros misioneros, añadamos otra del padre Pedro de Velasco, en que se conozca lo mismo de un modo mas sensible. Este gran sugeto había procurado ocultar con el desprecio de sí mismo uno de los mas felices ingenios, que tenía en aquellos tiempos la provincia. Pareció al padre provincial, testigo de su eminente sabiduría, llamarlo á México á leer el curso de artes de filosofía y dar este consuelo al Exmo. Sr. D. Luis de Velasco, que se había insinuado en querer conocer á un pariente de tan distinguido mérito. A esta insinuación de los superiores, responde así el religiosísimo padre: „Recibí la de V. R., y aunque como llena de paternal amor, me fué de particular consuelo, no dejó de sentir mi corazón lo que algunas veces se me ofrecía, y era que

viendo por una parte la gran materia de servicio de nuestro Señor y ocasiones de su mayor gloria, que aquí se ofrecen, y dándome por otra mis faltas en rostro, consideraba que si para estas había de haber alguna pena, sería quitarme el Señor, como á ruin, tan grande empleo; y pues veo cumplido este sentimiento, mucha causa tendré de él creyendo está en la memoria del Señor mi culpa, pues veo ejecutar la pena. Yo, mi padre, me siento muy tierno y aficionado á estos pobrecitos: muy consolado é inclinado á este ministerio y averso de mi parte al de las ciudades, lo cual, aunque debiera tener poco lugar para no cumplir la santa obediencia, no obstante que fuese con grande desconsuelo mio, todavía lo represento á V. R. como á padre amoroso, y como á superior se me ofrece proponer la mucha gloria de Dios, que por ventura se impedirá con mi mudanza, y puede verse por lo que en estos años se ha hecho, que es haber bautizado *mil y novecientas* personas, de las cuales mas de trescientas han muerto recién bautizadas ó sacramentadas, de lo que me parece se habrá seguido mas gloria del Señor, que si hubiera gastado este tiempo en leer artes. Ahora faltan que bautizar y bajar de sus picachos muchos huesos secos, juntarlos y darles espíritu de vida, y esto mal se hará sin voz ni lengua, pues aun los bautizados podemos decir que no tienen carnes ni aun pies, sino que están en los puros huesos, y plegue al Señor conserven todavía la vida del bautismo. Ahora es el enseñarlos á ser cristianos y vestir de piel y carne aquestos huesos ya armados, lo cual parece había de ser por la voz de algun profeta; y aunque yo no lo sea, en fin, soy su primer padre, y tal cual me pueden haber menester y echar ménos. Los pueblos son cuatro, las lenguas tres *omnino* diversas. En estos tres años he hecho lo posible para salir bien con la una, moderadamente con la otra, y empear la tercera, muy necesariamente al presente por haberse de bautizar los que la hablan. Me parece, mi padre, ser mayor gloria de Dios acudir á mil y seiscientas almas bautizadas, y recoger y bautizar otras muchas que faltan, que ocupar tres años con treinta estudiantes, y despues por ventura, desearán los superiores que apetezca yo á los indios perdida ya la lengua, con cuya continuacion se puede hacer mucho. Especialmente que ese puesto se podrá suplir con mucha satisfaccion, por muchos otros que por allí sobran para esos ministerios, y para estos faltan. Renuévase tambien mi sentimiento pensando que tengo de trocar el libro de Cristo y sus apóstoles por *un Aristóteles*, y esto por mis faltas y por no haber sabido leer con la debida disposición el libro

de los santos Evangelios. Finalmente, ir entre parientes solo puede servir de ménos quietud, y el Sr. virey, como tan piadoso y prudente, fio que gustará que yo me quede por acá, pues tanto importa para el servicio de Dios y bien de estas gentes desamparadas, y si alguna merced quiere hacerme, sea enviar alguna buena limosna para ornamento de la Iglesia, que ahora acabo de hacer, como le tengo escrito, y está tan pobre, que hasta misal y sobrepelliz es prestado. Ahora le torno á escribir, no en órden de eso, sino de la mucha caridad y honra que V. R. me hace para que la estime y agradezca, como yo hago, y se dé por contento, de que yo quede en estas partes, &c."

Fuerte de Montesclaros y alianza con los chinipas.

La humildad y desprecio de sí mismo y de las honras del mundo, el despego de toda carne y sangre, el deseo de padecer, el fervoroso celo de la salvacion de las almas y la religiosa subordinacion, no parece que pueden ir mas léjos ni pintarse con mas vivos colores que se ven en la citada carta del padre Pedro de Velasco. De semejante carácter eran los misioneros de los *zuaques*, *sinaloas* y *tehuecos*, las últimas naciones á que por la costa del mar del Sur habia penetrado el Evangelio. Las guerras continuas, la deshonestidad, la embriaguez, habian cuasi repentinamente desaparecido entre aquellos nuevos cristianos. Por todas las orillas de aquel gran rio se veian asentarse nuevas poblaciones, levantarse iglesias, cultivarse los campos, formalizarse el gobierno y formarse una cristiandad floridísima. No contribuyó poco para estos nuevos efectos la construccion de un fuerte en el pais de los *tehuecos*, y cuasi en el mismo sitio en que habia estado muchos años ántes la villa de Carapoa. Se fabricó sobre un cerro escarpado y fuerte por naturaleza. Al Norte de la montaña baña sus faldas el rio, y á los otros vientos se estienden unas vegas de bellísimos pastos. El recinto es bastante para poner en tiempo de guerra aun el ganado y los caballos á cubierto de todo insulto. La figura es cuadrada, de murallas bastante gruesas para el género de armas de aquellas naciones. Los cuatro ángulos defienden otros tantos torreones, que sirven tambien de atalayas. Aunque se concluyó esta fortificacion gobernando el Sr. marqués de Salinas, se le dió sin embargo el nombre de *Montesclaros*, en honra del Exmo. Sr. D. Juan de Mendoza, que desde algunos años ántes habia concedido la licencia, tomó del fuerte como su nombre el rio, que ántes era conocido por el de *Zuaque* y *Sinaloa*, segun la diversidad de naciones que poblaban sus márgenes. Este edificio no sirvió solo para la seguridad de los soldados y misioneros para poner fre-

no á las escursiones de los gentiles y afianzar la fidelidad de los recién convertidos, sino que á su fama sobrecogidos del temor los *chinipas*, vinieron á tratar paces con el capitan Hurdaide y pedir sacerdotes que los doctrinasen en la fé. Era esta nacion vecina de los *sinaloas* por la parte del Oriente, y la que con ellos habia puéstose en emboscada y hecho guerra á los españoles en la entrada que por órden del conde de Monterey habian hecho á las minas el año primero de este siglo. Dos de los principales, en nombre de todos los serranos que habitaban como á cincuenta leguas de la villa de S. Felipe, pidieron perdon de sus traiciones pasadas, y ser admitidos bajo la proteccion de los españoles, con quienes querian cultivar una amistad sincera. La antigua noticia que se tenia de las minas de aquel pais, pareció por entónces bastante motivo para no disgustarlos con una ágría respuesta, aunque por otra parte no habia suficientemente fundamento para contar sobre la fidelidad de sus promesas. Para enviarles padre era menester expresa licencia del virey, y para pedirla se necesitaba de mas claras pruebas que las que se tenian hasta entónces. El capitan procuró contentarlos con buenas esperanzas, y lo mismo á los *mayos*, sino que á estos se concedió una solemne escritura firmada del mismo general de liga ofensiva y defensiva en su favor, y promesa de enviarles cuanto ántes algun padre, aunque esto segundo no llegó á ponerse en ejecucion hasta despues de tres años.

Deseaba tanto el capitan como los ministros del Evangelio dar doctrina á los *mayos*, no solamente por el bien de aquellas almas, sino tambien por abrirse puerta para la conversion de *Yaqui*, último rio de *Sinaloa*, cuyas naciones por su número y por su valor extraordinario, daban á los españoles y á la nueva cristiandad continuas inquietudes. El principio de ellas fué, como en otras partes, un indio fugitivo de la mision de S. Andrés. Era este natural de *Sinaloa*, y habiendo estado algun tiempo en los reales de minas de la *Topía*, dió vuelta á su pais con ánimo de inquietar las naciones gentiles y acabar con los misioneros y españoles. Estaba bien instruido en los misterios de la religion y se hacia llamar *Juan Lautaro*, aunque nunca habia querido recibir el bautismo. Añadióse á este por sí bastante astuto y revoltoso un cacique de los *zuaques* de gran reputacion en la guerra. Pretendieron estos sublevar contra los padres y españoles á los indios *mayos*, y se lisongeaban de poderlo conseguir con facilidad, no siendo aun cristianos. Una ocasion, que se ofreció bien presto, les hizo perder la

Motivos de guerra con los yaquis.

esperanza que tenían, y dió á los españoles la prueba mas sincera de la fidelidad de aquellos indios. Por aquel tiempo sucedió la sublevacion de los *ocoroiris*, de que arriba hicimos mencion en el viage á México del capitan Hurdaide. Los fieles mayos no pudieron resolverse á recibir en sus tierras y fomentar con su proteccion la ingratitude de aquellos foragidos. Resistieron constantemente á todas las persuaciones de *Lautaro* y del zuaque Babilomo. Con esta repulsa muchos de los *ocoroiris* [ú *ocoronis*] fugitivos volvieron á su pais á poca diligencia del capitan que habia ya á largas jornadas entrado en Sinaloa. *Lautaro* irritado y no teniéndose por seguro entre los mayos, con cuarenta ó mas familias de cristianos, tomó la resolucion de retirarse al rio de Yaqui. Esta nacion, la mas numerosa, la mas guerrera y la mas culta de Sinaloa, tomó muy de veras la defensa de aquellos forasteros que se habian guarecido de su sombra. Sabiendo que habian muy en breve de tener sobre los brazos al capitan español y sus naciones aliadas, no perdieron tiempo en prepararse para una vigorosa resistencia.

Primera entrada á sus tierras.

Efectivamente, el capitan, luego que le dieron lugar otras ocupaciones mas urgentes, partió en busca de los apóstatas. Llegando á las riberas del Yaqui con pocos españoles y algunos indios amigos, que harian por todos cuatrocientos hombres de armas, halló á los enemigos muy prevenidos y muy resueltos á resistirle. Satisfecho de que lo viesen armado en sus fronteras, y que reconociesen que no habia lugar tan retirado y tan áspero donde no pudiesen penetrar las armas españolas, determinó requerirlos por medio de algunos prisioneros á que volviesen los cristianos fugitivos y entregasen al indio *Lautaro*, autor principal de aquella guerra. Los yaquimis tuvieron su asamblea y se dividieron en varios pareceres. Los mas juiciosos, á cuya frente estaba el cacique *Anabaylutei* fueron de sentir que se ofreciese al capitan la paz y se le concediese lo que tan justamente pedia. Los partidarios de *Lautaro* seguian obstinadamente el dictámen contrario y corrian ya furiosamente á las armas. Sin embargo, poco despues parecieron rendirse al sentimiento de *Anabaylutei*, que partió con algunos otros al campo del capitan, prometiendo en nombre de la nacion una constante amistad y que volverian los extranjeros en yendo á recibirlos algunos de parte de los españoles. Creyó Hurdaide poderse fiar de las buenas palabras del cacique. Envió con él dos indias cristianas de la misma nacion y algunos tehuecos. Pero fuese porque *Anabaylutei* procediese de mala fé desde el principio, ó porque á su vuelta *Lautaro*,

de cuya vida se trataba, habia ya hecho tomar á los yaquis partido mas violento, ellos se apoderaron de las indias cristianas, mataron algunos de los tehuecos y los demas perdida la ropa y los caballos, tuvieron mucha pena en volver á ganar el campo y llevar la noticia de una traicion tan negra. El capitan, aunque movido al mismo tiempo de la cólera y la vergüenza, no se hallaba en estado de hacer frente á una nacion desesperada y numerosa. Dió vuelta á la villa, formó un ejército de la mayor parte de sus presidiarios y mas de dos mil indios confederados, y marchó con diligencia á las riberas del Yaqui. Esta segunda expedicion no fué mas feliz que la primera. El capitan, acometido al romper el dia de una multitud muy superior á la suya, dejando muertos sobre el campo muchos de los yaquis, y muchos de sus propios aliados mayos y tehuecos, hubo de alzar el campo y salir de sus tierras, aunque trayendo consigo algunos prisioneros, por cuyo medio esperaba hacerlos entrar en sentimiento de paz. No eran estos los pensamientos del enemigo. Orgulloso con las dos antecedentes victorias, y ufano de haber hecho salir dos veces de su pais sin fruto alguno las armas españolas, no intentaban ménos que acabar con aquellos aborrecidos extranjeros y bailar al rededor de sus cabezas. *Lautaro* les daba industrias para defenderse del fuego de los fusiles, disponia los lugares en que debian acometer ó retirarse, y cumplia en todo con los officios de prudente gefe en el consejo, y de un valiente soldado en la accion.

Segunda expedicion.

La defensa de una nueva cristiandad, la seguridad de la propia vida y el honor y buena reputacion de las armas, obligaban al capitan Diego Martinez á no dejar sin castigo la traicion y la insolencia de los yaquis. Sin embargo, el prudente capitan veia bien que no eran estos como los demas indios, con quienes un tiro de arcabuz decidia tal vez de una campaña. Su número, su valentía y sus ardidés, eran muy superiores á todas las demas naciones, á que hasta entónces habia sido necesario hacer guerra. Con estos pensamientos armó como cuarenta españoles, y cuatro mil indios amigos, el mayor cuerpo de tropa, que hasta entónces se habia visto en Sinaloa. Llegando á tierras de los yaquis, envió un papel sellado, como lo solia hacer con otras naciones prometiéndoles la paz. La respuesta no la dieron hasta el dia siguiente en que al rayar el alba, cargaron sobre el campo con tanta intrepidez y con tanto orden, que no se les pudo resistir mucho tiempo. El capitan, con los mas bravos de los españoles y de los aliados, sos-

tuvo algun tiempo el combate con un valor heróico, mientras se recogia alguna parte del bagage y se ponía en marcha el resto del ejército, desamparando el real, en que no era posible dejar de perecer. Los yaquis resueltos á acabar de una vez con un enemigo tan importuno, se apoderaron de una gran parte del bagage, las cajas, los caballos que en el repetido asalto no habian podido todos recoger, la plata labrada, la ropa, todo les servia para acometer, y de todo se valian para defenderse. La sangre propia y de los que veian caer á su lado, irritaba mas su cólera y se les oía gritar con desesperacion: „*Mata, español, que bastantes quedan para acabar contigo.*” Efectivamente, faltó muy poco para que vieran cumplidos sus deseos. El ejército español debia pasar necesariamente por un espeso bosque de muchos y gruesos árboles, de mucha broza y peñascos y cortados troncos, que á cada paso impedían el camino. El capitán habia partido su gente en dos trozos. La vanguardia la encomendó á su caudillo ó lugar-teniente con órden de avanzar siempre, defendiéndose y manteniendo en órden á los indios aliados. Dióle cerca de tres mil de estos y diez y ocho españoles. Los restantes, con los principales indios, y los mas valerosos marchaban en la retaguardia, cerca de su persona. Los yaquis parecian haber aflojado algun tanto y rendiéndose al cansancio y fatiga de tres horas ó mas de batalla. Pero esto no era sino ardid para dejar la vanguardia que se empeñase en el paso mas dificultoso de la selva. Cuando ya comenzaba á entrar la retaguardia, y los primeros no tenian lugar de retroceder, volvieron á la carga con tal furia, que en vez de batalla fué una derrota y fuga declarada. Los indios confederados tomaron desde luego vergonzosamente por diversos caminos y se desbandaron con precipitacion. Los españoles y su caudillo, no pudiendo ni con palabras, ni con golpes detener á los fugitivos, hicieron frente algun corto rato; pero los enemigos con el bagage se habian apoderado de la mayor parte de la pólvora. No podian entre los troncos y la maleza servirse de los caballos. Los pocos tiros que hacian eran sin efecto, defendiéndose con maravillosa agilidad los indios tras de los gruesos troncos, desde donde por todos lados llovian las flechas con fuerza poco inferior á la de las balas. En este aprieto, no hallando modo de hacer retirar al enemigo, y habiéndose soltado la voz de que el capitán habia muerto, todos los diez y ocho tomaron el partido de la fuga y procuraron ganar las vecinas tierras de Mayo. Todo el ejército vino á reducirse á solo la retaguardia de veinte ó poco mas solda-

dos españoles y algunos pocos indios. De los soldados solo nueve tenian los fusiles en estado de servirse de ellos, los caballos heridos algunos y otros fatigados de calor y de cansancio. Sin embargo, haciendo prodigios de valor con un órden y una presencia de ánimo y un acierto en sus tiros, que aun los enemigos mismos no pudieron ver sin admiracion, se fueron defendiendo hasta ganar una pequeña altura en que pudieron tomar algun aliento. Los yaquis apostados á la falda, pretendieron desalojarlos, prendiendo fuego á la maleza, pero no habiendo surtido efecto por la buena diligencia del capitán, determinaron cercar el campo hasta la noche en que fuese mas fácil sorprenderlo. Entre los españoles se pasaba con suma inquietud. Hallábanse sin provisiones algunas de boca, cuasi enteramente faltos de pólvora, el cansancio era grande, y mayor la sed: veíanse cercados de una tropa de enemigos, que habia mas de doscientos sitiadores para cada uno de los sitiados. Eran diversos los pareceres, y de ninguno se podia prometer buen éxito.

En este estrecho le valió á Hurdaide el conocimiento que tenia del genio de los indios, y su genio fecundo en ardidés militares. Tenian amarrados algunos caballos de armas, de que por el cansancio y las heridas no podian ya servirse para el resto de la jornada. Era muy natural que en soltándolos corriesen luego en busca de agua y de los otros compañeros que habian quedado en poder de los enemigos en el real desamparado. Los enemigos habian de creerse que los españoles afligidos de la hambre y de la sed, hacian el último esfuerzo para escapárseles de las manos. Por otra parte, no estaban ya muy lejos de las tierras de los mayos, sobre cuya fidelidad podian contar seguramente. Mandó, pues, que para tres horas despues de anochecer estuviesen todos dispuestos para ponerse en marcha, y prevenida la leña para dejar hogueras encendidas. En efecto, á la hora señalada estuvo todo pronto. Se dió libertad á todos los caballos que no podian servir para la silla. Estos, como lo habia pensado el capitán, partieron inmediatamente relinchando monte abajo con un tropel grandísimo. Los yaquis los siguieron con algazara creyendo que eran los españoles. Entre tanto, favoreciendo Dios con especial providencia la ingeniosa estratagemá, se puso en marcha el pequeño ejército, dejando encendidas hogueras, y de trecho en trecho alguna ropa y otras cosillas en que se entretuviese la avaricia de los indios, por rumbo distante del que habian tomado en su derrota. Los caballos sueltos no pararon hasta las márgenes

Ardid del capitán y feliz éxito de la empresa.

nes del río, y los enemigos que los seguían no pudieron desengañarse sino después de corridas algunas leguas. Los españoles y sus pocos aliados marchando en diligencia toda la noche, al despuntar el día se hallaron en las fronteras de los mayos. Desde allí tuvo cuidado el capitán de escribir al padre Martín Pérez, superior de la villa, en estos términos: „Dios perdone á esos hombres que me desampararon y pusieron á riesgo toda esta provincia. Yo y los soldados que conmigo quedaron, aunque heridos, estamos con vida, y vamos caminando poco á poco por el cansancio de los caballos y de los heridos. Y porque no se haga alboroto con las nuevas que llevarian, despacho por la posta á ese soldado que me ha sido muy fiel.” Este billete fué de suma importancia en la consternación en que se hallaban los ánimos. Toda Sinaloa tenía vueltos los ojos á la provincia de Yaqui esperando el éxito de aquella expedición, que parece había de decidir también el de la cristiandad. Con la noticia de la muerte del capitán que habían dado los fugitivos, comenzaban ya á inquietarse los ánimos y no había fuerzas para remediar el desorden. Todo cesó con la noticia de su salud, que bastaba á contenerlos en respeto, y poco después con su presencia. Hurdaide trajo cinco heridas en el rostro y los brazos, aunque ninguna de flecha emponzoñada; de los soldados algunos murieron después de las heridas, ninguno en el campo. De los aliados quedaron en la acción todos los que no huyeron, fuera de unos ciento de los principales que acompañaron fielmente al capitán. Los mayos, con la misma benevolencia que antes habían acogido á los fugitivos, acogieron después á Hurdaide y á los suyos, procurándoles todos los alivios que les permitía su pobreza.

La gloriosa retirada de aquellos pocos españoles hizo en los ánimos de los yaquis mayor y más feliz impresión de lo que podía esperarse y de lo que acaso no habría hecho la más completa victoria. Viendo un puño de hombres combatir sin algún intervalo un día entero, sin perder un soldado y hallar brecha de escapar en medio de más de siete mil enemigos que los cercaban, quedaron espantados de un valor tan heroico, y no quisieron tener por enemigos hombres tan valientes. Enviaron á tratar de paces á las dos indias cristianas que las siguieron luego á petición del capitán los más distinguidos caciques que debían asentar las capitulaciones. La primera fué que hubiesen de entregar las cuarenta familias cristianas que habían dado motivo al rompimiento. La segunda que hubiesen de entregar á *Lautaro* y al *zuaque* Babilomo pa-

ra darles el castigo merecido. La tercera, que desocupasen algunas posesiones y tierras que habían usurpado á los mayos, y no hubiesen de inquietar en lo de adelante á esta, ni alguna otra nación aliada de los españoles, los cuales se obligaban á tomarlos bajo de su protección y defenderlos de sus enemigos. Los enviados lo prometieron todo con la mayor solemnidad posible, y en prueba de su firme y determinada voluntad entregaron los prisioneros, mucha plumería y las más preciosas alhajas y ropa que habían tomado del bagage. Celebróse este solemne trato con extraordinario júbilo de los padres, soldados y toda la provincia, á 25 de abril de 1610. Dentro de pocos días restituyeron á los ocoirís y demás fugitivos, y á las dos cabezas del motín *Lautaro* y *Babilomo*, que aprovechándose de sus naturales luces para cooperar á la gracia del Señor, pidieron el bautismo y se dispusieron á morir cristianamente. Demás de eso, para pruebas de la sinceridad de sus deseos y prendas de su fidelidad, enviaron catorce niños, hijos de los caciques, que se educasen en una especie de seminario de indios que se había formado en la villa de S. Felipe y Santiago. La paz concluida con los yaquis fué seguida de la rendición de otras muchas naciones que verosimilmente no podían prometerse de las armas mejor fortuna que aquella nación belicosísima. Los *nebomes*, nación no menos numerosa, que habitaban más de ochenta rancherías al Este de los yaquis confinantes con los tarahumares y *tepehuanes* del otro lado de la sierra. Un cacique de estos por más de seis meses se mantuvo en la villa de Sinaloa pidiendo ministros que cultivasen á sus gentes. Lo mismo practicaron los *mures*, vecinos de los *nebomes* y los yaquis. Los *tepahues*, gentes serranas y de mucho espíritu, habitantes de una península que forman dos ríos ó brazos del Mayo al Oriente de los de esta nación. Los *bacabaches* no se contentaron solamente con pedir el bautismo, sino que dejando resueltamente la costa marítima que habitaban, vinieron á poblar entre los dos ríos de Mayo y Zuaque, y á pedir auxilio para conducir el resto de los suyos. Por noviembre de este año salieron de paz á recibir al capitán los *ogueras*, distintos de otra nación del mismo nombre que pocas leguas de la villa cultivaba el padre Pedro de Velasco desde tres años antes. Trajéronle un grande número de flechas, pieles de gatos monteses, martas y otras cosas de las que más estimaban. Vinieron por el mismo mes á ofrecerle sus respetos los *lzoes*, y á repetir las instancias que ya otras veces habían hecho de padres que los instruyesen. Tanto pudo el ejemplo de los guerreros ya-

Alianza con los xiximes.

quis, que á no impedirles las justas precauciones que ha parecido necesario tomar en esta parte, en solo este año habrian quizá entrado en las redes de la Iglesia mas de ochenta mil almas.

La alianza celebrada en los yaquis nos acuerda otra no menos importante que se celebró á fines de este mismo año con los *xiximes*. Esta nacion carnícera, y quizá la mas brutal de la América, habia algun tiempo ántes, á diligencias del padre Alonso Ruiz, celebrado paces con los cristianos *acaxeos*, de que hicimos mencion, por los años de 1607. No se habian aun cumplido tres años cuando volvieron á las hostilidades. Los *acaxeos* padecian por la cristiandad y por la alianza con los españoles, á cuya destruccion los animaban y procuraban traer los *xiximes*. El gobernador de Guadiana D. Francisco Ordoño tuvo orden del marqués de Salinas de pasar en persona á sujetar aquella nacion. Partió en efecto á principios de octubre á la frente de doscientos soldados españoles y mil y ciento de los indios, llevando consigo á los padres Alonso Gomez y Francisco Vera. Estaban los *xiximes*, dice el padre Alonso Gomez, partidos en dos puestos de *Xocotilma* y *Huapixupe*. No quiso el general dividir su campo, sino que marchase entero á *Xocotilma* donde estaba la mayor fuerza del enemigo. Salieron al campo algunos *xiximes* á verse con el gobernador, el cual, recibéndolos cariñosamente, les mandó avisasen á los suyos que le esperasen juntos en *Xocotilma* sin temor alguno, pues que no pretendia hacerles mal. Entramos en *Xocotilma* el dia 18 y al siguiente se presentaron como ciento cincuenta indios bravos puestos en fila en punto de guerra, unos con lanzas y adargas, otros con arcos y flechas, otros con sus macanas, hachuelas y cuchillos, con el cabello largo y bien trenzado con cinta de varios colores y algunos embijados. Nuestros soldados se pusieron tambien armados en orden militar y tono de batalla. El general dijo á los indios que era aquella muy poca gente, y que sabia habia mas en el pueblo, que pasados dos dias se juntasen todos y les hablaria lo que le habia movido á venir. En efecto, de allí á dos dias, que fué el de las once mil Vírgenes, vinieron como doscientos hombres de guerra y muchos niños y mugeres. El gobernador les hizo sentar y que los acordonasen los soldados españoles é indios amigos: despues les dijo como venia de paz para su bien y provecho, que solo queria castigar á tres ó cuatro de ellos y los demas se irian libres á sus casas. Mandó luego amarrar á un indio apóstata, deudor de muchas muertes, lo cual se hizo con paz. Este manifestó á otro de sus

compañeros; pero queriendo prenderlos, un indio viejo gritó que primero se dejasen matar. Levantáronse todos y pretendian romper el cordel de los nuestros que los cercaba, con algunos cuchillos y hachuelas que traian ocultas, porque de las que traian manifiestas los habia antes desarmado el capitan de S. Hipólito. Finalmente, los soldados hubieron de acometer á los mas atrevidos, que eran unos once, á los cuales despues de catequizados y bautizados se dió sentencia de muerte. Castigados estos se presentó un cacique *xixime* muy aborrecido de los suyos por haberse ido á poblar entre los *acaxeos* con veinte pares de sus gentes para instruirse en los misterios de la fé. Pidió el bautismo, y hallándose capaz, fué bautizado, siendo su padrino el mismo gobernador en bautismo y matrimonio, llamándose Francisco, y su muger Doña Maria. El gobernador los regaló mucho, y luego mandó promulgar un bando, por el cual daba por libres de todos los delitos pasados á todos los que con el dicho cacique quisiesen bajar de sus picachos y vivir de paz. Partimos luego á *Guapixupe*, y habiendo el gobernador enviado por delante algunos mensajeros, fueron mal recibidos y flechados de los *xiximes*. A pocos pasos encontramos un espectáculo bien triste, que fué una grande olla y algunas otras menores de carne humana. El corazon habian puesto en un asadorcillo, y los ojos sobre unas hojas de maiz. Aquí mandó el gobernador á requerir con otro de los presos á un reyezuelo hechicero, y que como dios era muy venerado. Halláronlo en consejo con los ancianos de su nacion, los que dejó al momento, y vino á presentarse al gobernador, diciendo que él y diez y siete pueblos vasallos suyos habian vivido siempre de paz, y no habian jamás faltado á la palabra que dieron á los españoles; que el haberse ahora inquietado y huido sus gentes, era de temor por lo que les habian venido á decir de *Xocotilma*. Luego mostró un peñol vecino á que se habian refugiado los suyos, los cuales bajaron luego, aunque no todos juntos, y pidieron al gobernador sitio donde poblar, y padres que los doctrinasen.

Concluida tan felizmente una expedicion tan arriesgada, los de *Xocotilma*, cuyo pueblo se habia enteramente arrasado y entregado á las llamas, remitieron veinte de los suyos á suplicar al gobernador perdona-se á los demás de su nacion que habian quedado presos, y ofreciendo poblar donde á su señoría pareciese mejor. Intercedieron para este mismo efecto los padres, y el gobernador les dió entera libertad. Suplicó despues al padre provincial encomendase la instruccion y doc-

Sucesos de México.

Sucesos de Xocotilma.

trina de aquellas gentes á los padres *Hernando de Santarén* y *Alonso Gómez*, á cuya diligencia, á la mitad del año siguiente, mas de siete mil almas que antes como otras tantas fiéras habitaban en los peñoles, quebradas y cuevas de los montes, se habían ya reducido á poblaciones regulares, y bautizábase mas de treseientos. Fué muy singular entre otros el bautismo de un anciano de mas de sesenta años y famoso hechicero. Tocado de Dios por una grave enfermedad halló en el fervoroso celo del padre Santarén la medicina de cuerpo y alma. Entregó muchos ídolos á las llamas en la plaza pública del pueblo, y recibido el bautismo ayudó mucho á la conversion de los suyos. En sus enfermedades y trabajos puesto de rodillas ante alguna devota imagen de nuestro Redentor, se le oyó decir mas de una vez con admirable sinceridad: *Dios, ya yo te he hecho mi Señor, ya te he hecho mi padre, dame vida y salud, y que no muera yo, que solo te quiero á ti.* Habiendo caido poco despues de su bautismo en un caudaloso rio, dijo despues al padre: *Dios me ayudó porque soy su hijo, me libró y me sacó por un brazo.* Tanta era la prisa que se daban nuestros operarios en la conquista de esta nacion, y tan continuos y graves sus trabajos, que el padre *Rodrigo de Cabredo*, visitador que ha sido de esta provincia, escribe así á nuestro padre general: „Cuando leo las cartas de los padres de esta mision, me parece que veo en ellas una perfecta imitacion de lo que el Apóstol escribia á los corintios segun la hambre, desnudez, calores, frios, enfermedades, persecuciones, soledades, desamparos y otras mil incomodidades que padecen y llevan con estraordinario gusto y consuelo por la mayor gloria de Dios y bien de aquellas almas que la obediencia les ha encomendado, &c.”

Sucesos de México.

Tales eran las gloriosas ocupaciones de nuestros misioneros, y aunque con ménos dificultad y trabajo no era menor el fruto que á manos llenas se cogia en las ciudades. El concurso á los sermones, la frecuencia á los sacramentos, el fervor en las congregaciones y demas ejercicios de piedad, tuvieron por este tiempo un singular aumento. Al celo de los predicadores contribuyó de su parte el cielo con dos estraordinarios sucesos. El primero, fueron algunos dias de temblores continuos y los mas violentos que hasta entónces se habian experimentado en estos reinos. Acobardados los ánimos con este terrible azote, sobrevino poco tiempo despues el eclips de que hasta hoy dura la fama y el horror. Sucedió el dia 11 de junio, consagrado al apóstol *S. Bernabé*, de las dos á las cuatro de la tarde. A las tres, que estaba en su

mayor aumento, se obscureció enteramente el sol, y por algun breve rato se vieron las estrellas, y fué necesario encender luces en las piezas de algunas casas. Las pinturas horribles que algunos astrónomos habian hecho de este fenómeno desde algunos meses ántes, habian preocupado los corazones que creian ver ya aquellas señales precursoras del último juicio. Trazas maravillosas de que dejando obrar la naturaleza segun las leyes establecidas por su infinita sabiduría, se sirve tal vez la divina bondad para la salud de sus almas escogidas. Entre estas podemos contar muchas que se acogieron al seguro puerto de varias religiones. Dos por caminos muy singulares no podemos omitir. Habia dado su nombre á la congregacion de la Anunciata un jóven de muy diferente carácter de los demás que servian á la Reina de la pureza en aquella piadosa sociedad. Se habia dado por espacio de siete años á continuas torpezas, cuando se sintió llamado del Señor á cierta religion. Luchó muchos dias y muchas noches con este pensamiento sin poderlo apartar de sí. Para sosegar aquellos remordimientos y recobrar aquella falsa paz, de que se jactan siempre, y de que nunca gozan los impíos, determinó, bien contra su gusto ir á hablar al prelado de aquella religion, con el único consuelo de que no habrian de admitirle, á lo ménos tan prontamente. Pero ¿cuál fué su confusion y su sorpresa cuando vió que el superior de aquel órden al instante le admitió sin mas exámen, mandándole que á la noche volviese á vestirse el santo hábito y comenzar su noviciado? Salió de allí afligidísimo dudando si aquel pensamiento seria de buen ó mal espíritu. Llegó en estas congojas á su casa, y arrojándose ante la imagen de un Crucifijo: Señor, le decía con lágrimas, bien sé que sois amoroso Padre de pecadores; pero yo me hallo tan indigno de profesarme siervo vuestro en medio de tantas torpezas, que no me puedo persuadir á que sea esta vuestra voluntad, y que pueda yo cumplir con obligaciones tan estrechas. Dadme á conocer vuestro beneplácito, y aquí me teneis pronto á cumplirlo. Así dijo, y alzando los ojos llorosos á la santa imagen, vió que estando pendiente de un clavo, por tres veces se apartó notablemente de la pared, con tanto horror de aquel jóven, que cayó luego en tierra desmayado. Volviendo en sí partió á nuestro colegio á hacer una confesion general y luego al convento, en que despues recibió muchas otras pruebas de que Dios le queria para el estado de perfeccion. En la misma ciudad cayó tan gravemente enferma una doncella, hija de un médico, que su mismo padre no le daba ya sino tres